

CHILE - MAR

*Mariano A. Sepúlveda Mattus
Capitán de Navío*

El ser humano, desde sus orígenes remotos, ha experimentado, como verdadero determinismo existencial, el influjo del medio geográfico en el que le ha correspondido desenvolverse. Consecuentemente, las sociedades humanas han estado siempre circunstanciadas por la geografía y, precisamente, los pueblos que han adaptado sus procesos de desarrollo a la realidad circundante, con sabiduría y comprensión de la indisoluble asociación que los vincula, han logrado trascender y permanecer, protagonizando la aventura de la existencia.

El análisis geográfico de Chile ha pasado por distintas interpretaciones históricas y científicas, las cuales, curiosamente, tal vez por acentuarlo en el arraigo natural y vital del hombre a la tierra, lo han menguado y vuelto paradójicamente limitante.

Esto es tanto más incomprendible al recordar que el país fue descubierto por mar en 1520 por el navegante Hernando de Magallanes, poco antes de iniciar la travesía hacia el poniente del estrecho que une los océanos entonces conocidos como Mar del Norte y Mar del Sur —Atlántico y Pacífico, más tarde— al que bautizará “De todos los santos” en conmemoración del día de inicio del cruce —1 de noviembre— y que posteriormente fuera nombrado “de Magallanes”, en su honor.

También resulta insólita la escasa consideración habida por nuestra realidad oceánica: Al tener presente que mientras fue colonia de España, Chile fue abastecido y asistido en sus desgracias desde el mar; al admirar las audaces y épicas empresas marítimas que hicieron posible el reconocimiento de sus confines más remotos; al reconocer que la consolidación de su

unidad nacional sólo pudo lograrse a través de expediciones y acciones navales; al comprobar que su expansión geográfica territorial, la ampliación de su esfera comercial y la consiguiente influencia política, se consiguiera mediante la sólida gravitación de su poderío marítimo; y al verificar que hoy se proyecta con nítida vocación de futuro hacia su destino natural y más promisorio en el océano del que forma parte y sobre el cual asume responsabilidades vitales para la subsistencia de Occidente.

Sólo últimamente ha venido encontrando solidez la percepción más lógica de la identidad geográfica de Chile; aquella que lo entiende como lo que realmente es: Mar extenso definido periféricamente por porciones de tierra que integran los bordes de su entidad y determinan los frentes de su contacto con América del Sur, el Atlántico, la Antártica, Oceanía y el resto del Pacífico.

Ahora bien, como consecuencia, por una parte, de la tendencia humana de afincamiento en la “madre” tierra y, por otra, del proceso prehistórico e histórico de génesis y desarrollo de la nación chilena, siendo la periferia oriental de Chile —aquella inserta en el continente americano— la más evolucionada en todos los aspectos, la que concentra su población y en la que se desenvuelve su vida ciudadana, ella ha aparecido invariablemente hasta ahora como “el país”, quedando la Antártica chilena, las islas esporádicas chilenas y el mar chileno sólo como extensión de él y no como bordes integrantes y continentes —que “contienen”— de la expresión geopolítica que Chile realmente es: Un todo geográfico, social, económico, cultural y definitivo. Chile-Mar, rodeado de su piel

terrestre, la cual define —como todas las pieles lo hacen— su identidad física a los ojos de la Humanidad, pero que no puede sino reflejar asimismo y por lo mismo, su otra identidad real, la anímica y entrañable, que es espíritu y sustancia de mar.

En todo caso, sólo desde una perspectiva analítica, habiendo quedado consolidada la percepción del Chile real o marino y superada la restrictiva del Chile menguado o terrestre, es evidente que la parte oriental del país, la americana, es virtualmente una isla —ateniéndonos al sentido figurado del término— respecto de la realidad geográfica mundial. Nos “aislan” del resto del planeta contundentes barreras que precisan ser franqueadas con audacia, visión, valentía, ambición, perseverancia y habilidad; océanos, montañas, desiertos de arena y de hielo y enormes distancias. Esta es la razón por la cual se ha venido sosteniendo que la condi-

ción geográfica esencial de Chile es insular, lo cual, desde tal punto de vista, es correcto, pero incompleto: En verdad, *la condición geográfica de Chile es esencialmente oceánica*. Es desde esta concepción de la imagen de la entidad de Chile que, sirviéndonos de la invariable comprobación testimonial de la historia de nuestra nación, desentrañando sus potencialidades integrales, humanas y materiales, convocando todas nuestras capacidades activas y aquellas latentes y haciendo profesión de fe en su destino —que no puede sino reflejar la grandeza de su pasado— debemos acometer, con inaudible y poderosa voluntad conquistadora, nuestro porvenir.

Con la singular y profunda calidad con que la idiosincrasia chilena se ha configurado “tierra adentro”, la nación habrá de realizarse, en definitivo encuentro con su rol existencial más luminoso, “mar afuera”.

